

# Capítulo 1

---

«Esta va camino de convertirse en la ventisca del siglo», aulló el enviado especial Brad Dayton con cierto regocijo histérico. Enfundado en un equipo de nieve amarillo fosforito, permanecía parado en el arcén de la autopista de peaje de Nueva Jersey. Los coches avanzaban a paso de tortuga, derrapaban y hacían trompos, mientras los copos de agua nieve eran impulsados en todas las direcciones por un viento racheado. Los copos parecían dirigirse intencionadamente contra la cara del reportero y las lentes de la cámara de televisión. Unas nubes grises encapotaban el cielo, y todo el noroeste del país permanecía postrado por una tormenta de nieve imprevista.

«No vayan a ninguna parte», gritó el hombre mientras parpadeaba para evitar el chaparrón de nieve. «Permanezcan en sus casas. Y olvidense de los aeropuertos. Están cerrados, y todo apunta a que no abrirán de nuevo hasta dentro de unos días.»

Regan Reilly se quedó mirando de hito en hito el televisor en su acogedora oficina de Los Ángeles, situada en un antiguo edificio de Hollywood Boulevard.

—No me lo puedo creer —dijo para sí en voz alta—. Tenía que haber volado ayer.

—Ten cuidado ahí fuera, Brad —exhortó al reportero el presentador del informativo desde el cálido estudio con control de temperatura—. Procura mantenerte seco.

—Lo intentaré —gritó Brad por encima del ululante viento. El

realizador del informativo cortó rápidamente para dar paso a un hombre del tiempo que permanecía delante de un mapa plagado de flechas amenazantes, que señalaban en todas las direcciones.

—¿Qué tienes para nosotros, Larry? —inquirió el rubio y sonriente presentador.

—La nieve viene desde todos los frentes —explicó a toda prisa Larry, mientras sus manos revoloteaban por el mapa—. Nieve, nieve y más nieve. Confío en que todos tengan abundantes latas de conserva en casa, porque esta tormenta nos va a acompañar durante los próximos días ¡y se está preparando una gorda!

Regan miró a través de la ventana. Hacía el típico día soleado de Los Ángeles, y ella tenía la maleta preparada para irse a Nueva York. Recién prometida, Regan era detective privada, tenía treinta y un años y residía en Los Ángeles. Su cielito, Jack Reilly (al que no le unía ningún parentesco), era el jefe de la brigada de casos graves de la ciudad de Nueva York. Se iban a casar en mayo, y ella había planeado coger el avión el fin de semana para ir a ver a Jack y a sus padres, Luke y Nora, que vivían en Summit, Nueva Jersey.

Se suponía que Regan y su madre tenían que reunirse con un coordinador nupcial el sábado, a fin de revisar todos los planes para el gran día: menú, flores, limusinas, fotógrafo... la lista era interminable. El sábado por la noche, ella, sus padres y Jack habían quedado en acudir a una audición del grupo musical que estaban considerando contratar para la fiesta. Regan había estado deseando pasar una divertida velada fuera de casa. La tormenta de nieve habría descartado tales planes, pero si ella hubiera volado a Nueva York el día anterior, al menos habría podido pasar un íntimo y agradable fin de semana con Jack. Era la segunda semana de enero, y hacía diez días que no lo veía. Y ¿hay algo más romántico que estar juntos durante una tormenta de nieve?

Se sentía sola y frustrada, y la visión del deslumbrante sol se le antojó irritante. No quería estar ahí, pensó. Quería estar en Nueva York.

El teléfono sonó.

—Aquí Regan Reilly —contestó, sin mucho entusiasmo.

—*Aloha*, Regan. Tu dama de honor te llama desde Hawai.

Kit Callan era la mejor amiga de Regan. Se habían conocido en

la universidad, durante un programa de enseñanza en el extranjero para estudiantes de segundo curso que se impartía en Gran Bretaña. Kit vivía en Hartford y era agente de seguros. Su otro trabajo consistía en cazar a Don Perfecto; hasta el momento había tenido más suerte vendiendo pólizas.

—*Aloha*, Kit. —Regan sonrió, y con sólo oír la voz de su mejor amiga, su estado de ánimo mejoró de inmediato. Sabía que Kit había ido a Hawai a un congreso de seguros—. ¿Cómo te está yendo el viaje?

—Estoy atrapada aquí.

—No es mucha la gente que se quejaría de estar atrapada en Hawai.

—El congreso terminó el martes. Me cogí un día más para relajarme, y ahora no puedo volver a casa. Es más, mi agente de viajes dice que no se puede ir a ningún sitio cerca de la Costa Este.

—A mí me lo vas a decir. Se suponía que tenía que irme hoy a Nueva York a ver a Jack. Y mi madre y yo nos íbamos a reunir con el coordinador nupcial.

—Prométeme que no se te irá la mano con los trajes de las damas de honor.

—La verdad es que estaba pensando en un traje de chaqueta a cuadros escoceses —bromeó Regan.

—Tengo una idea. Vente aquí, y escogemos unas cuantas faldas vegetales hawaianas.

Regan soltó una carcajada.

—Bueno, es una idea. Todo el mundo quiere que su boda sea diferente.

—Entonces, ¿vienes?

—¿De qué estás hablando?

—¡De que te vengas, Regan! ¿Cuántas oportunidades como ésta vamos a volver a tener de estar juntas? En cuanto te cases, se acabó. No querrás dejar a tu marido nunca, y no te culpo.

—Voy a seguir manteniendo mi despacho abierto en Los Ángeles —protestó Regan—. Al menos, por el momento.

—Eso es diferente. Ya sabes a lo que me refiero. Ésta es la ocasión perfecta para que pasemos un fin de semana de chicas diverti-

das antes de que te cases. ¿Qué, si no, vas a hacer los próximos días? ¿Es que no ves los partes meteorológicos? Vente a Waikiki. Te estaré esperando con una bebida tropical. Tengo una habitación en la segunda planta con dos camas enormes y un balcón que da al océano. Casi puedes tocar la arena de la playa con los pies desde aquí. La verdad es que ahora estoy sentada en el balcón, esperando que el servicio de habitaciones me traiga el desayuno.

—Ten cuidado. Con el ruido de las olas al romper, podrías no oír que llaman a la puerta —masculló Regan mientras echaba un vistazo al despacho que había sido su hogar lejos del hogar durante varios años. El antiguo escritorio que había encontrado en un mercadillo, el suelo de baldosas blancas y negras, la cafetera en su lugar de honor, encima de un archivador... Le era todo tan familiar. Pero en ese momento no resultaban acogedoras. Lo había preparado todo para pasar un fin de semana fuera y sentía la necesidad de salir e ir a algún sitio. Y lo cierto es que en el año que hacía que conocía a Jack no había visto mucho a Kit

—¿Dónde te alojas?

—En el Complejo vacacional y lúdico Waikiki Waters.

—Qué nombre más largo.

—Tendrías que verlo. Acaba de ser remozado, así que todo es precioso y está flamante. Hay restaurantes, tiendas, dos balnearios, cinco piscinas y varios edificios de habitaciones. Y estamos en el mejor; el que da justo encima del mar. Y el sábado por la noche hay un baile benéfico, en el que subastarán un collar de conchas que perteneció a una princesa de la familia real. Lo han llamado el baile «Sé una princesa». Vamos, anímate. Seremos dos princesas. —Kit hizo una pausa—. ¿Qué pasa ahí abajo? —dijo en voz baja, más para sí que para Regan.

—¿A qué te refieres?

Kit no pareció oírla.

—No me lo puedo creer —dijo Kit, alarmada.

Regan se aferró al auricular.

—Kit, ¿qué está pasando?

—La gente ha echado a correr de repente hacia la orilla. ¡Creo que el mar ha arrojado un cuerpo a la playa!

—¿Me tomas el pelo?

—Una mujer ha salido disparada del agua pegando alaridos. Parece que se topó con el cuerpo cuando estaba nadando.

—¡Oh, Dios mío!

—Regan, ¿no vas a permitir que me quede aquí sola este fin de semana, verdad? —inquirió Kit melifluamente—. Este lugar podría ser peligroso.

—Llamaré a las líneas aéreas.



## Capítulo 2

---

Nora Regan Reilly levantó la vista hacia la nieve que caía sobre la claraboya de su despacho, situado en la tercera planta de un edificio de oficinas en su lugar de residencia de Nueva Jersey. En circunstancias normales, un poco de nieve contribuiría a mejorar el acogedor entorno donde escribía sus novelas de misterio. Pero la ventisca estaba causando estragos en su vida y, por las apariencias, en la de todos los demás habitantes de los estados de Nueva York, Nueva Jersey y Pennsylvania.

—Regan, no sabes cuanto lamento que no vengas a Nueva York este fin de semana.

—Yo también, mamá. —Regan estaba en la habitación de su apartamento de Hollywood Hills, preparando una maleta con ropa de verano.

—Hawai no parece tan malo.

—Estará bien pasar unos días con Kit. He tenido tanto ajetreo, que sé que de otra manera nunca hubiera cogido un fin de semana como éste.

—Tu padre tiene programado para mañana un gran funeral, pero no sé cómo acabará la cosa. Dicen que las carreteras serán un peligro, y la mayoría de los parientes vienen de fuera. Se van a quedar en un hotel cercano.

—¿Quién ha muerto? —La pregunta de Regan no era algo infrecuente en la mesa de los Reilly a las horas comer. Su padre, Luke,

era el gerente de una funeraria, y siendo su madre una novelista de suspense, en aquella casa menudeaban las conversaciones sobre crímenes y muertes. No eran precisamente una familia de mojigatos. Regan era hija única, lo que había propiciado un acceso mayor a las conversaciones de adultos que el de la mayoría de los demás niños. Parecía ser un rasgo habitual entre los hijos únicos, había concluido Regan hacía tiempo. Jack tenía cinco hermanos más. A Regan le encantaba eso; pronto tendrían lo mejor de ambos mundos.

—Ernest Nelson. Acababa de cumplir cien años y había sido un as del esquí. Vivía en un complejo residencial para la Tercera Edad en la ciudad, y su familia está desperdigada por todo el país. Su mujer murió el año pasado.

—¿Dices que tenía cien años?

—Celebró su centésimo cumpleaños por todo lo alto hace dos semanas. Su familia le dio una gran fiesta; ahora están todos de vuelta para enterrarlo. Y son un montón. Tiene ocho hijos que le han dado un sinfín de nietos. Creo que van a pasar una temporadita por aquí.

—Parece esa clase de persona que quisiera llegar a ese hito antes de rendirse. Hasta cierto punto el clima parece el adecuado para su funeral.

—Eso es lo que dicen todos, Regan. —Nora hizo una pausa—. ¿Le has contado tus planes a Jack?

—Por supuesto. Los dos nos hemos llevado un chasco porque no pueda estar en Nueva York por culpa de la tormenta, pero iré la semana que viene.

—¿Cuánto tiempo estarás en Hawai? —preguntó Nora mientras le daba un sorbo a un humeante té en su jarra de *Imus in the Morning*, obsequio de la última vez que había estado en el programa de radio.

—Hasta el lunes por la mañana.

—¿Tenéis grandes planes, tú y Kit?

Regan dejó caer un bañador de una pieza en la maleta. Dada la palidez de su piel, no era una devota del sol, pero le gustaba darse un chapuzón y luego sentarse bajo una sombrilla. Había heredado el aspecto irlandés de su padre: pelo negro azabache, ojos azules y piel blanca, y media un metro setenta. Luke sobrepasaba el metro no-



venta y cinco de estatura, y su pelo era «inveteradamente plateado», como a él le gustaba describirlo. Su madre era una rubia menuda con una belleza más patricia.

—Nos sentaremos en la playa y puede que hagamos alguna visita turística. Creo que Kit le ha echado el ojo a un tipo que vive en Waikiki.

—¿No me digas?

—Bueno, dijo algo acerca de algunas personas que había conocido y que se habían ido allí después de jubilarse jóvenes, o que querían empezar una segunda carrera profesional. Uno de ellos parecía interesante.

—Entonces, es probable que esté encantada de no poder volver a casa.

—Creo que tienes razón, mamá. Sólo lo admitió cuando la volví a llamar para comunicarle mi vuelo. Pero tal y como dijo, una relación a larga distancia adquiere un nuevo significado cuando se habla de Connecticut y Hawai.

Nora rió.

—Estoy segura de que os lo pasaréis bien. Y ten cuidado cuando te metas en el agua; allí las corrientes pueden llegar a ser muy fuertes.

Regan se maravilló de la intuición irlandesa de su madre. ¿O era el radar materno? No le iba a mencionar que el mar había arrojado un cadáver a la orilla delante de la puerta del hotel de Kit, pero era probable que su madre hubiera percibido algo. Cuando ella había vuelto a llamar a Kit, ésta se encontraba en la playa. El cuerpo había sido identificado como Dorinda Dawes, una mujer de cuarenta y tantos años, empleada del Waikiki Waters. Había empezado a trabajar allí tres meses antes y era la fotógrafa y periodista para todo del boletín informativo del establecimiento hotelero. Kit la había conocido en uno de los bares del hotel donde Dorinda hacía fotos de los huéspedes.

Cuando su cuerpo fue arrastrado hasta la orilla, Dorinda no llevaba traje de baño; iba vestida con un típico vestido hawaiano y llevaba un collar de conchas en el cuello. Lo cual significaba que no había salido a darse un baño ocasional.

No, había concluido Regan. No tenía sentido comentárselo a su madre. Mejor dejar que Nora pensase que iba a pasar un relajante fin de semana en un apacible hotel hawaiano. ¿Quién sabía? Después de todo, tal vez las cosas resultaran así.

Pero conociendo a su amiga Kit, y no sabiendo bien por qué, lo dudaba. Kit era capaz de toparse con problemas hasta en una merienda parroquial; y parecía que lo había vuelto a hacer. A veces, Regan pensaba que ésa era la razón de que fueran tan buenas amigas: cada una a su manera, ambas tenían cierta inclinación por el lado peligroso de la existencia.

—Tendré cuidado —le aseguró a su madre.

—Y no os separéis. Sobre todo cuando vayáis a nadar.

—Así lo haremos. —Regan colgó, cerró la cremallera de la maleta y echó una mirada a la foto de ella y Jack que había encima de la cómoda; se la habían hecho poco después de que se prometieran a bordo de un globo aerostático. Regan no se podía creer lo afortunada que era por haber encontrado a su compañero del alma. Se habían conocido a raíz del secuestro de su padre, caso que había llevado Jack. Desde entonces, Luke solía bromear diciendo que nunca había sido consciente de sus buenas dotes de casamentero; después de todo, Regan y Jack llegaron a conocerse mientras él estaba atado en un barco con su chófer. Pero estaban de maravilla juntos y tenían muchísimas cosas en común, en especial el sentido del humor. La manera que tenían de ganarse la vida ambos también los convertía en almas gemelas, y era normal que discutieran sus casos entre ellos. Regan había apodado a Jack, *Don Reacción*: al final de cada conversación siempre le decía que la quería... y ¡que tuviera cuidado!

—Lo tendré, Jack —dijo Regan en ese momento, dirigiéndose a la foto. —Quiero vivir para llevar mi traje de novia. Pero sin saber por qué, cuando pronunció las palabras en voz alta, éstas parecieron atascársele en la garganta. Tras liberarse de la extraña sensación de inquietud que se apoderó de ella, levantó la maleta de la cama y se dirigió a la puerta. Allá iba, en pos de su fin de semana de despedida de soltera, pensó. ¿Me irá mal?

## Capítulo 3

---

Cuando el avión tomó tierra en Honolulu, Regan escudriñó a través de la ventanilla y sonrió al ver las letras de neón rojas situadas encima de la torre de control del aeropuerto: *ALOHA*.

—*Aloha* —murmuró.

Una ráfaga de aire caliente y fragante la golpeó al salir del avión. Sacó de inmediato su móvil y llamó a Jack. En Nueva York ya estaba bien avanzada la noche.

—*Aloha*, cariño —respondió Jack.

Regan volvió a sonreír.

—*Aloha*. Acabo de llegar. El cielo es de un azul brillante, y desde aquí puedo divisar una hilera de palmeras agitadas por la brisa, debajo una pagoda en un jardín y lo que realmente deseo es que estuvieras conmigo.

—Yo, también.

—¿Qué está sucediendo en Nueva York?

—Pues que cae nieve a raudales. Me fui a tomar un par de copas con los chicos después del trabajo. La gente está en la calle, pasándose en grande, ya sabes, tirando bolas de nieve y arrastrando a los niños en trineos. Alguien ya ha hecho un muñeco de nieve que hace guardia en el portal de mi edificio. Pero no tiene mucho trabajo; la delincuencia desciende durante las tormentas de nieve.

A Regan le dio un vuelco el corazón.

—No me puedo creer que me esté perdiendo todo eso —dijo Regan con nostalgia.

—Yo tampoco me puedo creer que te lo estés perdiendo.

Regan se imaginó el amplio y acogedor piso de Jack, al que la suntuosidad de los cojines de piel y las alfombras persas hacían tan suyo. Él le había dicho que quiso hacer de su casa algo más que un simple piso de soltero, porque nunca supo cuándo conocería a la chica adecuada. «Temía que no fuera a ocurrir jamás», había admitido. «Pero contigo, ésta es finalmente la manera en que se suponía tenía que ser.»

—Puede que haya otra tormenta la próxima semana —bromeó Regan—. Pero me aseguraré de llegar antes que ella.

—Pásatelo bien con Kit, Regan. Habrá otra tormenta de nieve, te lo prometo. Y créeme, mucha gente de esta ciudad daría cualquier cosa por cambiarte el sitio ahora mismo. No todos piensan que esto es divertido.

A esas alturas, Regan ya estaba en la zona de recogida de equipajes. La gente iba vestida con pantalones cortos y camisas sin mangas. La tarde estaba declinando, y en la atmósfera flotaba una sensación apacible y relajante.

—Estaré bien —dijo Regan—. Kit ha conocido aquí a algunas personas con las que andaremos. Incluso hay un tipo que le gusta.

—Uyuyuy.

—Uyuyuy es la palabra. Pero éste parece prometedor; trabajó en Wall Street y se ha venido a jubilar a Hawai a los treinta y cinco años.

—Tal vez debiera investigarlo —sugirió Jack. Y aunque se rió, había un dejo de seriedad en su voz—. Parece demasiado bueno para ser verdad.— A él le gustaba Kit y sentía la necesidad de protegerla; un par de tipos con los que se había enrollado desde que él entrara en escena habían resultado ser unos auténticos fenómenos. Y quería estar seguro de que cualquiera que saliera con Kit daba la talla.

—No tardaré mucho en saber su nombre y enterarme de todos los pormenores de su vida que ya conozca Kit. Te pondré al corriente. Si encuentras algo sobre él que no sea tan fantástico, Kit

querrá saberlo. Ya quedó escarmentada con el último fracasado con el que salió.

—Seguro que sí.

Se referían al tipo con el que Kit había tenido varias citas y que se había olvidado de mencionar que estaba a punto de casarse y trasladarse a Hong Kong.

—Oye, Regan —prosiguió Jack—. Tengo un amigo en la policía de Honolulu. Lo llamaré y le diré que estás ahí. Tal vez pueda hacerme alguna sugerencia acerca de qué hacer o adónde ir.

—Fantástico. ¿Cómo se llama? —preguntó Regan mientras sacaba su maleta de la cinta transportadora. No dejaba de sorprenderle lo relacionado que estaba Jack; conocía a gente en todas partes. Y todo el mundo lo respetaba.

—Mike Darnell. Lo conocí cuando algunos de los chicos y yo solíamos ir allí de vacaciones.

—Estoy a punto de coger un taxi —dijo Regan, al salir al exterior tirando de la maleta con ruedas.

—No te lo pases demasiado bien.

—¿Cómo podría? No estás aquí.

—Te quiero, Regan.

—Yo también a ti, Jack.

—Y ten cuidado.

—Lo tendré.

El taxista arrojó el equipaje de Regan en el maletero. Ella se sentó en el asiento trasero, y salieron disparados hacia el Waikiki Waters. Para lo que servía ir con cuidado, pensó Regan mientras el taxi avanzaba en zigzag, sorteando el tráfico de la congestionada carretera. A ella le pareció extraño que la vía se llamara Interestatal H1. ¿Dónde estaban los demás estados?

A nueve mil seiscientos kilómetros de distancia Jack colgó el teléfono y echó un vistazo por el piso. «Este lugar está tan solitario sin ella», se dijo para sí. Pero intentó animarse con el pensamiento de que Regan estaría allí al cabo de una semana. Entonces, ¿a qué venía aquella apremiante sensación que lo embargaba? Intentó ignorarla. Cuando se trataba de Regan, todo eran agonías. Además, siempre que ella estaba con Kit, ocurrían cosas raras.

Se levantó y se acercó a la ventana. La nieve se amontonaba rápidamente. Atravesó la estancia hacia su escritorio, sacó su agenda y marcó el número de teléfono de su amigo en el Departamento de Policía de Honolulu. Pero la conversación no hizo sino aumentar su malestar. Regan no le había dicho nada sobre una empleada del hotel ahogada en el Waikiki Waters, y era imposible que Kit no se lo hubiera contado. Regan me conoce demasiado bien, pensó.

—Mike, ¿me harías el favor de llamar a Regan?

—Pues claro, Jack. Ahora tengo que entrar a una reunión, pero la llamaré después.

De pie junto a la ventana, Jack observó caer la nieve sobre la calle en penumbra. Se sentiría mucho mejor cuando fuera la señora Reilly, pensó. Se dio la vuelta, entró en el dormitorio y se acostó.

En Waikiki, la gente no paraba de hablar de la muerte de Dorinda Dawes.